

**LA CHICA  
DE LA LIMPIEZA**

**Loreth Anne White**

Traducción: Susana Sáenz

MÓTUS

## CÓMO TERMINA

LENTAMENTE, SE DESLIZA ENTRE EL SUEÑO Y LA VIGILIA. Un destello de lucidez la atraviesa; no, no está dormida. No en su cama. No es seguro. Sensación de pánico. ¿Dónde está? Trata de tragar, pero tiene la boca seca. Siente un gusto extraño en la boca. Un golpe de realidad la sacude. Sangre, es gusto a sangre. Se le acelera la respiración. Trata de mover la cabeza, pero no lo logra. Algo áspero y húmedo le cubre la cara. Está atrapada, tiene los brazos atados a los lados. Toma conciencia del dolor que siente. Un dolor aplastante. En sus hombros. En las costillas. En el vientre. Entre los muslos. El dolor retumba dentro de su cabeza. La adrenalina comienza a correr por sus venas y abre los ojos por completo. Pero no puede ver. El pánico se filtra en su cerebro. Abre la boca para gritar, pero le sale un grito ahogado.

¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

Concéntrate, concéntrate. El pánico te mata. Tienes que pensar. Trata de recordar.

Pero su mente está nublada. Se esfuerza por seguirle el hilo a la claridad, lucha por centrarse en sus sensaciones. Frío, sus pies están helados. Mueve los dedos de los pies. Siente el aire. ¿Está descalza? No, solo de un pie. Tiene puesto el zapato en

el otro. Está herida. Cree que mucho. Un recuerdo pesado se cuela dentro de su cerebro aletargado: se defiende de alguien, la tumban al suelo. Un ataque violento; eso es lo que siente, que la dominan, que se queda indefensa. Luego la hieren. Ahora está envuelta en algo y siente que está en movimiento. Dando tumbos. Puede sentir la vibración. ¿Es el sonido de un motor? ¿Un coche? Sí, está en un vehículo de algún tipo. Se da cuenta de que oye unas voces. En el asiento delantero. Ella está acostada en el de atrás. Las voces... suenan preocupadas, discuten. Por debajo de las voces hay una música suave. La radio del coche. Definitivamente está en un coche..., la llevan a alguna parte.

Oye unas palabras. “Tirlarla... es culpa de ella... se lo buscó. No puede culpar...”.

Se desliza nuevamente a la oscuridad. Esta vez por completo.

## TESTIGO SILENCIOSA

31 de octubre de 2019, jueves

SON LAS 23.57 DE LA noche de Halloween. Oscuridad. Una niebla densa se arrastra sobre el agua y una llovizna persistente cae mientras un Mercedes-Maybach plateado con dos pasajeros gira hacia un camino de tierra embarrado que conduce a unos silos abandonados. La lluvia destella cuando las luces iluminan la parte inferior de los viejos silos. El sedán cruza la vía de un tren y va dando tumbos por el camino lleno de baches que corre paralelo al borde de la bahía. El Mercedes se detiene en la sombra profunda que proyecta el puente que une la ensenada con la Costa Norte de la ciudad de Vancouver. Las luces se apagan. Todo está oscuro ahora, excepto por el brillo de la ciudad al otro lado del agua, envuelta en la espesa niebla.

Los ocupantes del coche se sienten seguros allí, ocultos, protegidos por la suavidad cálida del tapizado de cuero del lujoso sedán. Encima del puente, el tráfico se oye como un suave rugido, interrumpido por el rítmico golpeteo de los vehículos que atraviesan las juntas metálicas.

El hombre y la mujer no pierden el tiempo admirando el

vaivén de la marea que avanza como un mar de tinta hacia el muelle de los antiguos silos. Su deseo se ha vuelto febril. Comenzó por la mañana —ese jueguito entre ellos— en el desayuno de trabajo, cuando la pierna de ella se restregó contra el pantalón de él bajo la mesa mientras discutían con calma la estrategia legal con los funcionarios de la ciudad. El deseo continuó creciendo en subsiguientes discusiones de alto nivel sobre una demanda, y siguió en la comida. Llegó al máximo con un beso robado detrás de la puerta del baño de hombres. Los dos sabían que terminaría así: sexo desenfrenado en el coche de ella aparcado en algún lugar sórdido. La pareja es adicta a la anticipación. Al peligro. Al riesgo. Ambos están casados con otras personas. Él es miembro de la asamblea legislativa provincial. Ella es una prominente abogada de la ciudad. Los dos tienen hijos.

Siempre eligen lugares como este. Algo fabril. Frío y húmedo. Desierto. Cubierto de grafitis, sembrado de basura urbana. Sórdido y aun así delicioso de un modo indescriptible. Es su fetiche, tener sexo en escenarios mugrientos. Yuxtaponer su glamour, inteligencia, riqueza y privilegios a estos telones de miseria urbana que potencia su deseo. Los hace sentirse poderosos. Reviste su aventura de un aire de película de cine negro y acrecienta su placer carnal.

Ella hace volar sus tacones Saint Laurent mientras tira de la corbata roja de él y lucha con el cierre de su bragueta. Él le desabrocha de un tirón los botones de nácar de su blusa de seda, le levanta la falda y rasga sus lujosas medias en su avidez. Ella se arrastra por el salpicadero y termina montándolo. Mientras va bajando, él cierra sus ojos y gime de placer. Pero ella se queda súbitamente inmóvil. Ve dos pares de luces que se acercan en la noche. Los rayos horadan dos túneles de luz en la niebla, un vehículo detrás del otro. Los coches giran frente a los silos abandonados y se dirigen hacia las vías del tren.

—Viene alguien —susurra.

Él no parece darse cuenta. Con los ojos cerrados gime y eleva su pelvis tratando de que las caderas de ella vuelvan a frotarse contra su ingle. Pero ella detiene su mano y lo mantiene quieto. Su corazón se acelera.

—Son dos coches —dice ella—. Vienen hacia aquí.

Él abre los ojos, vuelve la cabeza y se incorpora. Desempeña el cristal con el puño y miran en silencio mientras las luces cruzan el camino y se acercan bordeando la costa.

—Mierda —dice él lentamente—. Esto es propiedad privada. El terreno está reservado para la construcción. Nadie puede estar aquí. Especialmente a esta hora.

—Tal vez sean jóvenes en alguna tontería de Halloween, o traficando con droga —susurra ella.

Los coches se acercan. El que va adelante es más pequeño que el que lo sigue, pero la niebla, la lluvia y la oscuridad dificultan el reconocimiento del color exacto o del modelo. Además, la fantasmal luminosidad de la ciudad al otro lado del agua ilumina a ambos vehículos desde atrás. El más pequeño podría ser amarillo o crema, piensa la mujer. Un coche de tres puertas. El más grande es un sedán. Tal vez gris o azul. Los dos pares de luces iluminan brevemente el agua oscura mientras los vehículos toman una curva en el camino. El agua del mar centellea bajo las luces con un reflejo metálico.

—Vienen directamente hacia nosotros —murmura la mujer.

—No hay adónde ir, ninguna salida alternativa —dice él—. Somos presa fácil.

Los coches se acercan todavía más.

—¡Carajo! —La mujer vuelve a su lugar en el asiento del conductor y lucha por subirse las medias rasgadas y ponerse los zapatos. Él tira de la cremallera para subirla.

—Espera, espera, se están deteniendo —observa él.

La pareja se queda inmóvil. Envueltos en el silencio observan como se abre la puerta del vehículo de tres puertas

y desciende una silueta alta. Se ve un logo en el lado de la puerta. Otra figura sale del sedán más grande. Más bajo, corpulento. Los dos conductores están vestidos de negro y su ropa brilla bajo la lluvia.

Uno usa sombrero. El otro lleva capucha. Dejan las luces encendidas y ambos vehículos con el motor en marcha. Blancas nubes de los escapes flotan en la oscuridad.

La niebla se espesa y gira en torno a los conductores mientras abren la puerta de atrás del sedán. Con esfuerzo cargan algo largo y pesado del asiento. Parece una gran alfombra enrollada. Cae al suelo con fuerza dando cuenta de su peso.

—¿Qué están haciendo? —pregunta la mujer.

—Tienen algo dentro del rollo de la alfombra —dice el hombre—. Algo pesado.

Ninguno de los dos quiere admitir lo que intuyen.

Los dos conductores levantan y arrastran el bulto hacia el agua. En el borde del muelle abandonado, empujan, con las manos y los pies, y hacen rodar el rollo hacia el borde. El objeto desaparece. Un segundo después vuelve a verse, un destello blanco que se arremolina en dirección al puente llevado por la corriente. Gira en el agua, luego empieza a hundirse. Un momento después desaparece.

La mujer traga saliva.

El interior del Mercedes se llena de un frío glacial. El hombre no puede respirar.

Ambos están aterrados por lo que acaban de ver. Un escalofrío se cuele en sus huesos. El conductor más alto vuelve deprisa al coche más pequeño. Se inclina sobre el asiento del conductor y manipula algo debajo del volante. Los dos conductores observan cómo el vehículo se dirige hacia el agua, como si fuera por propia iniciativa.

—¡Dios mío, has atascado el acelerador! Tenemos que salir de aquí. —La mujer tanteó el arranque del coche.

—Para. —El hombre la toma del antebrazo—. No muevas

ni un músculo hasta que se hayan ido. Podrían matarnos por lo que acabamos de ver.

Miran con terror como el coche más pequeño avanza dubitativo y luego se asoma y cae por la punta del muelle. Mientras se sumerge, se refleja sobre el coche la luz del tráfico del puente. A la mujer le parece que es amarillo. Un Subaru Crosstrek igual al que su marido le compró a su hijo cuando cumplió los dieciocho años. El logo estampado en la puerta le parece familiar. Lo ha visto antes, pero no recuerda dónde. Las aguas se cierran sobre el coche produciendo una espuma luminosa que se lleva la corriente hacia el puente. Desaparece. No queda nada, ni un rastro de que algo cayera desde el muelle. Solo el agua oscura luchando con la corriente.

Los dos conductores se apresuran en dirección al sedán que los aguarda. El más alto sube del lado del conductor el más bajo del lado del acompañante. Cierran las puertas de un portazo. El sedán avanza dando tumbos por el camino embarrado. Se le encienden las luces de freno al cruzar las vías, entonces gira y atraviesa la desierta planta de silos. Se pierde en la niebla.

Los ocupantes del Mercedes están mudos. Hay una gran tensión flotando entre ellos. Deberían llamar al 911.

Los dos saben que no lo harán.

Ninguno dirá ni una palabra de esto a nadie, porque si alguien supiera que estaban allí, juntos, en este lugar abandonado bajo el puente, en la oscuridad a altas horas de la noche del viernes, lo perderían todo.